Steven Pinker: el paladín del progreso

Posted on 20 de agosto de 2018 by Manuel Arias Maldonado

Con motivo del fallecimiento de Gustavo Bueno, alguien rescató la contestación que diera el filósofo riojano cuando se le preguntó qué libros, entre los que había escrito, consideraba todavía válidos al final de su vida: «Con fecha, todos; sin fecha, ninguno». Viene a cuento este juicio tan severo por la publicación en España, apenas unos meses después de su aparición en lengua inglesa, del último libro del psicólogo norteamericano Steven Pinker. Y es que este voluminoso manifiesto sobre las bondades de la modernidad ilustrada presenta la peculiaridad de ser simultáneamente un libro *con* fecha y *sin* fecha. Es un libro *con* fecha porque trata de dar respuesta al pesimismo agresivo que caracteriza a nuestra época, pero también porque sitúa en el centro de su argumentación un abrumador conjunto de datos empíricos que exigirán ser actualizados en futuras ediciones. Sin embargo, es también un libro *sin* fecha, pues aquello que quiere reivindicar no conoce limitaciones temporales: los principios de la Ilustración tienen un origen histórico, pero resulta difícil concebir una sociedad donde no puedan aplicarse o, cuando menos, reivindicarse. Cuestión distinta es que su defensa sea exitosa. Y a esta pregunta sólo puede responderse con los debidos matices.

Matices que, vaya por delante, se ahorran muchos de sus críticos. Ese curioso subgénero literario que podríamos denominar «desprecio de Pinker» ha renacido con fuerza tras la publicación de esta obra, que su enemigo íntimo John Gray ha descrito como «un sermón

racionalista dirigido a una congregación de almas dubitativas». No es que Pinker haga esfuerzos por limar asperezas: desde su aparición en el firmamento ensayístico, ha arremetido con dureza contra buena parte del *establishment* intelectual y hecho esfuerzos por demoler las bases culturalistas que han dominado las humanidades y las ciencias sociales durante las últimas décadas. En esta ocasión, invocar la Ilustración con todas sus letras siendo psicólogo y no filósofo ni historiador de las ideas ha descubierto un flanco débil aprovechado por sus detractores. A cambio, en su defensa se ha movilizado ese «pinkerismo» más o menos ortodoxo que aguarda sus monografías como aliado imprescindible en la lucha contra la posmodernidad y la corrección política. Así que una evaluación desapasionada de este último trabajo exige tomar distancia tanto de unos como de otros. La fórmula es sencilla: no hay que pedir a Pinker lo que no puede dar, por más que él se empeñe en darlo, ni dejar de apreciar aquello que sólo él es capaz de dar.

La tesis principal del libro se deja enunciar con sencillez: la evaluación negativa del estado del mundo es un error intelectual si se atiende a la realidad empírica del mismo, que nos muestra, por el contrario, una evolución decidida hacia mejor desde que el racionalismo ilustrado se convirtiera en la base de su organización social entre los siglos XVIII y XIX. Frente a quienes enarbolan el rechazo de la modernidad de cuño occidental, la Ilustración habría funcionado y sus ideales merecen por ello ser defendidos ante el avance contemporáneo del autoritarismo populista. Se trata de una tesis plausible, que Pinker tiene el mérito de poner sobre la mesa en un momento de debilidad de las sociedades liberales. Más problemáticos resultan, en cambio, algunos de los argumentos, y en especial las omisiones, que acompañan a esta idea. Pero vamos por partes.

La tesis principal del libro es: la evaluación negativa del estado del mundo es un error intelectual si se atiende a la realidad empírica del mismo

Toda la fuerza del libro depende, en última instancia, de la elocuencia de su aparato estadístico. Pinker pone sobre la mesa datos que avalan la naturaleza *incontestable* del progreso experimentado por las sociedades humanas durante los últimos dos siglos. Pero eso no significa que los datos mismos sean incontestables. Tal como ha señalado el historiador de la ciencia David Wootton, quizá Pinker no debería dar por supuestos los datos que nos ofrece: que los comienzos de la ciencia estadística allá por 1850 coincida con el espectacular aumento del progreso material humano no deja de ser llamativo. Pero, ¿acaso los gráficos mienten? Tal vez los críticos puedan demostrar su falsedad o sus deficiencias con más éxito que el cosechado por Nassim Taleb en su ataque a *Los ángeles que llevamos dentro*, el libro dedicado por Pinker a mostrar el descenso paulatino de la violencia en las sociedades humanas; mientras tanto, su tenor general habrá de ser aceptado. Por lo demás, no son estadísticas confeccionadas por Pinker *himself*, sino tomadas de fuentes diversas y

reputadas. Con todo, que este conjunto de tablas equivalgan a una *demostración* del progreso humano tampoco puede darse por sentado, sino que será necesario explicar qué se entiende por tal. Pinker lo hace, formulando una advertencia sobre los límites de nuestro conocimiento:

> Lo que es bueno para la humanidad no siempre es bueno para la ciencia social, y puede ser imposible deshacer el nudo de correlaciones entre todas las formas en que la vida ha mejorado y establecer con un cierto grado de certidumbre la dirección de las flechas causales.

Lo que propone el pensador canadiense es una razonable concepción minimalista del progreso, basada en la cuantificación de bienes y males. Identifica así un conjunto de variables que atañen directamente al bienestar social e individual, para a continuación tratar de discernir cuál ha sido su evolución histórica: esperanza de vida, longevidad, consumo alimenticio, riqueza, igualdad, salud, seguridad, democracia, conocimiento, paz, medio ambiente, calidad de vida… Si esos indicadores han mejorado, sostiene, es que hay progreso. Y lo han hecho, en algunos casos de manera espectacular. Hay ejemplos significativos: la expectativa de vida ha pasado de 35 años en 1750 a 71,4 en 2015, gracias sobre todo al descenso de la mortalidad infantil; los antibióticos y las vacunas han salvado miles de millones de vidas y siguen haciéndolo, como muestra el descenso en un 60% de las muertes por malaria entre 2000 y 2015; el porcentaje de personas malnutridas era del 50% en 1947 y hoy se sitúa en el 13%, a pesar de que la población mundial no ha hecho más que aumentar desde entonces y que Malthus había advertido que algo así no sería posible (el secreto está en la productividad alimentaria combinada con la tecnología: a mediados del siglo XIX se necesitaban veinticinco hombres a jornada completa para cosechar y trillar una tonelada de grano, ahora puede hacerlo una sola persona en seis minutos manejando una cosechadora); el PIB mundial se triplicó entre 1820 y 1900, luego volvió a hacerlo pasados cincuenta años, y otra vez en los siguientes veinticinco y treinta tres, respectivamente; en los últimos doscientos años, la extrema pobreza ha pasado del 90% al 10%, con la mitad de ese descenso concentrado en los últimos treinta y cinco años; las sociedades son más seguras, porque hay menos guerras, menos homicidios y menos accidentes; el mundo es más tolerante hacia las minorías, que gozan de más derechos, además de más democrático, siendo los regímenes autoritarios menos represivos que los totalitarismos de antaño; etcétera. A esta suma de bienes, ciertamente, podemos llamarlo progreso humano.

Hay indicadores más controvertidos. Quizá ninguno de ellos más que la desigualdad, cuyo aumento admite Pinker antes de quitarle importancia. Es cierto que ha aumentado en el interior de los países ricos, pero ha disminuido entre países. Y también lo es que la desigualdad constituye un efecto automático de la riqueza. Pinker subraya que quienes han

salido perdiendo con la globalización, en términos relativos, son las clases medias-bajas de los países desarrollados, en contraposición a la ganancia obtenida por el resto, en especial los habitantes de los países en vías de desarrollo. Ese descenso relativo de la renta disponible, a su manera de ver, debería cualificarse atendiendo a la variación en los estándares de vida: cuando la desigualdad se mide en términos de lo que *consumimos* y no de lo que *ganamos*, la tasa de pobreza en Estados Unidos habría descendido un 90% desde 1960 (al pasar del 30% al 3%). Y es que un dólar compra mucho más bienestar que antes: ha mejorado la calidad de los bienes en la cesta de consumo y se inventan bienes nuevos, lo que dificulta analizar con rigor la evolución del bienestar a lo largo del tiempo. Ni siquiera el famoso 1% de los superricos inquieta a nuestro autor, quien apunta que, al referirnos a ese porcentaje, hablamos de *rangos* estadísticos más que de *individuos* concretos. No es que Pinker niegue el problema de la desigualdad: más bien trata de presentarlo en los términos que le parecen justos. A saber: aceptando la premisa de que la desigualdad de ingresos no es un componente básico del bienestar (en línea con el suficientismo de Harry Frankfurt) y asumiendo la «curva de Kuznet» con arreglo a la cual el aumento general de la riqueza termina beneficiando a todos los miembros de una sociedad. Este enfoque de apariencia utilitarista, que subyace a su entera concepción del progreso, revela carencias en la sensibilidad política del psicólogo de Harvard, incapaz de comprender que tantos ciudadanos se resistan a aceptar un razonamiento tan sencillo.

Pinker está convencido asimismo de que somos cada vez más inteligentes, no por un cambio de la naturaleza humana, sino gracias a la educación y la mejora en las condiciones de vida. De hecho, el llamado «efecto Flynn» ?que designa el carácter hereditario de la inteligencia? se debilita en aquellos países que llevan más tiempo experimentándolo. A su juicio, la mejor prueba de esa mayor inteligencia está menos en los hábitos de lectura que en el desarrollo de nuevas capacidades a través de la educación y el hábito, entre ellos el de manejarnos con facilidad con las nuevas tecnologías digitales: aunque no leemos *La Celestina*, sabemos actualizar un sistema operativo. En cuanto a la felicidad, Pinker rechaza rotundamente la idea de que la modernidad haya generado una epidemia de malestar, soledad y tendencias suicidas: los datos no avalan semejante tremendismo. Igual que no avalan ?al menos los que él maneja? la famosa «paradoja de Easterlin», según la cual la felicidad no aumenta con la riqueza una vez se ha alcanzado cierto umbral de renta. En ocho de nueve países europeos, por ejemplo, la felicidad aumentó en tándem con el PIB entre 1973 y 2009. Y es conocida la divergencia que se produce cuando los individuos son interrogados por su felicidad individual y la colectiva: solemos ser optimistas como individuos y pesimistas en relación con nuestra sociedad. ¿No dicen los españoles que son felices o muy felices cada vez que se les pregunta? Problema distinto, que Pinker reconoce, es que la modernidad ha expandido la libertad individual de un modo que conduce, casi forzosamente, a mayores tasas de ansiedad

y depresión: fuera de los cómodos raíles de la tradición, elegir tiene costes psicológicos y emocionales. Pinker desmiente asimismo que disfrutemos de menos tiempo libre, fuera de un conjunto específico de profesiones, desmiente los efectos depresivos de las redes sociales y elogia el mayor cosmopolitismo gastronómico de nuestras ciudades, de las que, por añadidura, podemos huir gracias al turismo de masas. Deprimirse en la sociedad liberal, viene a decirnos, es un crimen.

Su optimismo racional, por emplear la expresión acuñada por Matt Ridley, hace una excepción con el cambio climático. Fiel a su confianza en la ciencia, Pinker admite que el calentamiento global es un fenomenal problema colectivo que exige medidas inmediatas. Su aproximación a los problemas medioambientales responde, en líneas generales, al enfoque ecomodernista que niega ?razonablemente? que existan tantos límites «naturales» al progreso social como sugiere el ecologismo clásico, depositando así su confianza en un desarrollo tecnológico orientado a la sostenibilidad. Se trata, sin duda, del planteamiento más realista y uno que, en contra de las caricaturas que se hacen del mismo, se preocupa por la conservación del mundo no humano. Curiosamente, la conservación no parece figurar entre las preocupaciones de Pinker; su deseo por enfatizar los aspectos positivos de la modernidad deja poco espacio al bienestar animal o la preservación de los espacios naturales: se limita a mencionar en algún momento que el humanismo no excluye «por principio» la preocupación por el mundo animal. De nuevo, nuestro autor constata lo obvio: que los problemas medioambientales pueden solucionarse con el conocimiento. Pero olvida algo que también es obvio: que el conocimiento no es lo único que hemos de tener en cuenta a la hora de afrontar los problemas. En este caso, sin ir más lejos, su preferencia por un impuesto global al carbón será tan aplaudido como discutida su razonable defensa de la energía nuclear, y no digamos su apuesta por las formas moderadas de la geoingeniería del clima o los alimentos transgénicos: porque no todos pensamos lo mismo ni queremos usar los mismos medios para alcanzar fines sobre cuya deseabilidad sí parecemos estar de acuerdo.



Pero si todo va bien, ¿cómo es que tantos piensan lo contrario? Es justo matizar que Pinker no es indiferente a los muchos problemas sociales que esperan solución: hay cosas que están mal. Tanto en los países ricos como, sobre todo, en los que no lo son: pobreza extrema, malnutrición, muertes por neumonía, Estados autocráticos, analfabetismo. Su propósito es más bien resaltar el progreso *alcanzado* con la esperanza de que eso sirva para que éste pueda *continuar* en el futuro. Su mirada es de largo alcance y por eso espera que continúe sucediendo aquello que, pese a la posibilidad siempre latente de la regresión ocasional, ha venido sucediendo desde los inicios de la modernidad; que hayamos padecido dos guerras mundiales, sin ir más lejos, no nos ha impedido retomar nuestro rumbo hacia lo mejor. Para ello bastaría con maximizar los beneficios derivados de los procesos sociales mientras minimizamos sus perjuicios: tal cosa es el progreso. Y las dificultades para lograrlo son, a sus ojos, las mismas que explican el pesimismo colectivo: el desconocimiento de los datos sobre la realidad social y el olvido del progreso ya alcanzado. A ratos, se percibe la desesperación del racionalista: ¡casi la mitad de la población cree que los tomates ordinarios no tienen genes y por eso se rechazan los tomates transgénicos! Del mismo modo, el hecho de que el progreso borre sus propias huellas hace que sus críticos sólo tengan ojos para las injusticias existentes y tiendan a minusvalorar lo mucho que ya se ha logrado. Somos ingratos con nuestros propios éxitos.

Pinker no anda desencaminado. Es absurdo afirmar, como hacen algunos críticos de la modernidad, que el progreso es una ilusión: los datos no avalan esa idea y sería absurdo

hacer depender el juicio sobre la modernidad de las percepciones subjetivas de los individuos. Pinker culpa de esa inclinación ?con frecuencia nostálgica? a los sesgos racionales y afectivos. Por ejemplo, al que nos lleva a dar más peso a los argumentos pesimistas; o a la heurística por la que recurrimos a las impresiones o datos que nos vienen antes a la cabeza. Sobre todo, porque los medios de comunicación se encargan de que esos datos e impresiones que están más disponibles sean los más negativos. ¿Acaso no pertenece a la lógica del subsistema mediático, tan bien descrita por Niklas Luhmann, la preferencia por lo sensacional y dramático? Para más inri, la «minería de sentimientos» que hace posible el análisis de *big data* revela que durante las últimas décadas se ha producido un incremento de las malas noticias en el sistema de medios. De manera que la «progresofobia» sería, en buena medida, un efecto mediático. A ello habría que sumar el pesimismo de la clase intelectual, que insiste en alimentar las corrientes antiilustradas que recorren la modernidad como un doble perverso: románticos, declinistas, teístas, colectivistas, comunitaristas. Todos ellos desdeñarían, al decir de Pinker, los ideales ilustrados: la razón, la ciencia, el humanismo. ¡Enemigos del progreso! Intelectuales y medios de comunicación serían así responsables de haber presentado nuestras democracias como regímenes disfuncionales e injustos, creando las condiciones para el ascenso del populismo autoritario mediante el tremendismo narrativo. Pinker atribuye el crecimiento del populismo ?apoyándose en los trabajos de Ronald Inglehart y Pippa Norris? a la competencia cultural antes que a la desigualdad económica, pero es escéptico respecto de la amenaza que representa. Más bien confía en que la razón prevalecerá en el medio y largo plazo, sobre todo si somos capaces de atenuar la polarización abrazando una idea más realista del cambio social: «Las democracias liberales pueden hacer progresos, pero sólo en el marco de una reforma constante y un compromiso desordenado». Es dudoso, sin embargo, que ese argumento sea persuasivo: si lo fuera, no estaríamos donde estamos.

Sea como fuere, nos encontramos hasta aquí con una vigorosa defensa del progreso en la modernidad, basada en datos cuantitativos a partir de un enfoque utilitarista matizado por el realismo. Matizado, porque se equivocan quienes acusan a Pinker de olvidar las tragedias individuales que afligen a quienes se encuentran en el lado sombrío de las estadísticas en nombre de los efectos agregados. Es el caso de Jennifer Szalai, quien ha lamentado que Pinker encuentre causa para la celebración ?a la vista de la mayor ganancia del mayor número? incluso en el hecho de que los chinos se hayan enriquecido a costa de la clase trabajadora norteamericana. Algo de eso hay: la lógica del *trade-off* introduce consideraciones cuantitativas allí donde no todo se puede cuantificar. Nos lo dejó claro Rafael Sánchez Ferlosio en *Mientras no cambien los dioses, nada ha cambiado*, librito donde afeaba a los defensores del progreso universal que conviertan en protagonista de «la aventura humana» a un sujeto único que abarca desde el cavernícola descubridor del fuego hasta un

ingeniero de la NASA, modelados todos ellos con arreglo al burgués europeo de finales del siglo XVIII. De ahí que, concluye Ferlosio,

> la cuestión ética por excelencia es justamente desmontar de una vez esta mentalidad contable […], que se va haciendo, o más bien ya se ha hecho, la forma más universal de la conciencia humana y que consiste en hacer de la felicidad y del dolor partidas mutuamente reductibles por relación de intercambio.

Se describe ahí una tensión irresoluble del progreso: la que existe entre las ganancias sistémicas y las tragedias individuales, que no pueden subsumirse en aquellas sin riesgo de quedar *justificadas* en nombre del avance colectivo. Tal como vimos con la «revolución permanente» del comunismo soviético, esa concepción de la historia abre la puerta a una visión providencial de la historia como *juggernaut* que avanza por aplastamiento: aquello que contempla horrorizado el famoso ángel de la historia de Walter Benjamin. Pero la tensión es irresoluble, porque, si bien nadie preguntó a los mayas si deseaban ser conquistados por los españoles, tampoco nadie se había dirigido a los pueblos que los mayas sojuzgaban ni a los niños que sacrificaban. Algo parecido puede decirse, cinco siglos más tarde, de las nuevas tecnologías: las plataformas digitales que hacen posible la economía colaborativa y proporcionan nuevos servicios a los consumidores han generado asimismo una «uberización» del empleo, mientras que la robotización que amenaza con llevarse por delante innumerables puestos de trabajo contiene la bendita promesa de acabar con el trabajo repetitivo propio de las cadenas de montaje.

Es por esto que Samuel Moyn ha recomendado a Pinker repasar la nada complaciente visión del progreso que tenían los pensadores ilustrados. ¿Acaso no escribió David Hume que no hay ventajas puras en este mundo? Son reproches injustos: Pinker no escribe antes de que el ideal del progreso se despliegue en el curso de la modernidad, sino en un momento en el que se pone en duda ese progreso. Después de Auschwitz, no parece necesario enfatizar en cada página que aquél es ambiguo y propenso a regresiones. Y, sobre todo, resulta pueril condicionar la defensa del progreso *como tal* a la existencia de un progreso *absoluto* que no cause perjuicios a ningún grupo ni individuo. Ese progreso no es de este mundo, ni sabemos de ningún sistema socioeconómico que haya sido remotamente capaz de proporcionarlo. El progreso que describe Pinker es el progreso realmente existente: desigual, dificultoso, ambiguo. Otra cosa es que tal progreso, inevitablemente, genere tensiones sociales y políticas *a pesar* de que merezca la pena tenerlo en lugar de lo contrario. Es obvio que un trabajador norteamericano que ha perdido su trabajo con la globalización no encontrará consuelo en el crecimiento económico de Asia. Ya se ha apuntado que Pinker demuestra poca sensibilidad política, esperando que el *hecho* del progreso baste para contrarrestar un malestar *subjetivo* en ocasiones injustificado: si un dólar compra mejores bienes que antes,

¿importa que tengamos menos dólares en el bolsillo? La respuesta es que sí: una lectura de Hobbes basta para comprenderlo. Y hay que contar con las expectativas frustradas, en buena medida creadas por una versión electoralista del progreso.

Si Pinker hubiera recortado trescientas páginas a su libro y lo hubiera dejado aquí, el resultado habría sido más que satisfactorio. En cambio, nuestro autor resulta mucho menos convincente cuando se dedica al análisis de los fundamentos filosóficos del progreso que describe con acierto. O lo que es igual, cuando se adentra en materias que no son exactamente su fuerte. ¿Zapatero a tus zapatos? Desde luego, una cosa es afirmar de manera genérica que la irrupción histórica de eso que llamamos Ilustración hace posible un espectacular cambio de rumbo para las sociedades humanas a partir del siglo XIX y otra muy distinta proporcionar los detalles correspondientes: filosóficos, históricos, institucionales. Vaya por delante que Pinker no es tan ingenuo como para sostener que los filósofos ilustrados creían de forma ciega en la cualidad racional de los seres humanos, sino que más bien sostenían que *podemos* y *debemos* ser racionales. En ese sentido, alguien le ha recordado que Hume describía a la mente como esclava de las pasiones; sin embargo, eso no convierte a Hume en un irracionalista: sólo es un racionalista atento a la importancia de las sinrazones. De hecho, Pinker brilla cuando ejerce como psicólogo del conocimiento ?un saber que debe mucho al pensador escocés? y nos recuerda que la razón funciona peor cuando opera en modo ideológico: cuando creemos algo porque lo creen los demás o porque señaliza nuestra pertenencia a una tribu moral. ¿Hay mejor ejemplo de esta inclinación que la ideologización de las opiniones sobre el cambio climático?

Esta constatación tiene un doble efecto en la argumentación de Pinker. Por una parte, trata de distanciarse de la disputa entre conservadores y progresistas, defendiendo que «un enfoque más racional de la política consiste en tratar las sociedades como experimentos en marcha y aprender las mejores prácticas con la mente abierta, sea cual sea la parte del espectro político de la que provengan». Ahora que la polarización política aumenta y la mentira adquiere una capacidad de difusión extraordinaria a través de las redes sociales, ese pragmatismo debería ser bienvenido. Por otra, en cambio, no se ve claro cómo podría llevarse eso a la práctica, ni de qué manera podrían erradicarse los conflictos de valor que subyacen a las diferencias ideológicas. La recomendación de Pinker, que ha de interpretarse en el contexto de la vetocracia radical en que se ha convertido Estados Unidos durante la última década, es decepcionante: «despolitizar los problemas». ¡Hombre! Ocurre así que su empeño por defender la cualidad no política de los ideales de la Ilustración le incapacita para reconocer la cualidad política de los ideales de la Ilustración. Lo que hace sospechar que Pinker ha leído poca filosofía posterior a 1945.

Nuestro autor resulta mucho menos convincente cuando se dedica al análisis de los

fundamentos filosóficos del progreso que describe con acierto. ¿Zapatero a tus zapatos?

Por añadidura, la propia Ilustración se convierte en sus manos en una suerte de bloque monolítico dedicado a la defensa de las posibilidades inexploradas de la razón en heroica lucha contra la superstición. Pero, como han mostrado pensadores que van de Ernst Cassirer a Jonathan Israel, la Ilustración es un fenómeno intelectual y social de extraordinaria complejidad, cuyo comienzo está lejos de constituir un corte súbito en la historia europea. Hay precedentes que Pinker ni siquiera menciona, pese a que, por ejemplo, es difícil comprender la Ilustración sin el Renacimiento: de Copérnico a Erasmo, pasando por Savonarola o el nacimiento de la banca moderna. Por otro lado, no hay una sola Ilustración, sino varias. Esto vale especialmente para la teoría política, donde se produce una bifurcación entre los ilustrados radicales que aspiraban a la democratización plena y aquellos otros, más moderados, que defendieron instituciones mixtas y se resistieron inicialmente a aceptar la plena igualdad de derechos. No obstante, aun aceptando su apretada síntesis del ideal ilustrado como una necesidad argumentativa, Pinker peca por omisión cuando deja fuera del libro las fatales ambivalencias inherentes a la práctica de los valores ilustrados. Insiste, por ejemplo, en separar cuidadosamente la eugenesia nazi del ideal científico, atribuyendo esa aberración al influjo maligno de las fuerzas contrailustradas. Y lo mismo cabe decir del desprecio racionalista por otras culturas, etnias o seres: la Ilustración nada tendría que ver con esas perversiones. Pinker aplica una lógica ventajista: si la Ilustración defiende el recto uso de la razón y la ciencia, el uso desviado de la razón y la ciencia no pertenece a la Ilustración.

Es aquí donde las acusaciones de «cientifismo» que Gray dirige a Pinker parecen justificadas, pues el canadiense parece por momentos sugerir que la ciencia es moralmente neutral e incapaz de producir mal alguno. Por decirlo con una fórmula, Pinker tiene razón ante Thomas Kuhn pero no ante Günther Anders: la existencia de la «verdad científica» y la innegable eficacia de la tecnología no deben excluir la reflexión moral sobre eso que Jürgen Habermas llamó «ideología científico-técnica». Tal vez se llegaría con ello a unas conclusiones no muy distintas de las que propone nuestro autor, pero esa tradición de pensamiento no puede ignorarse; confrontarse seriamente con ella habría proporcionado al libro una mayor autoridad. Como le ha afeado William Davies, Pinker sitúa a la Ilustración y la ciencia del lado bueno de todos los conflictos de los últimos doscientos años, resistiéndose a admitir que ?como Zygmunt Bauman dejó establecido antes de convertirse en profeta de la liquidez? la modernidad es, sobre todo, ambivalente: a la vez liberadora y amenazante. Escondiendo bajo la alfombra el problema del mal, Pinker incurre por momentos en una cierta banalidad del bien. Y lo mismo vale para los agujeros negros del humanismo: en tiempos no muy lejanos, la categoría de «hombre» o «ser humano» excluía a individuos pertenecientes a amplios grupos

sociales y aún hoy sirve para establecer una separación demasiado tajante respecto a los seres no humanos. Recuérdese a Auguste Comte, promotor de un programa positivista bien poco liberal para la organización de las sociedades humanas, o las pretensiones de un Marx que decía hacer «socialismo científico». Aunque conviene evitar el presentismo a la hora de juzgar estas desviaciones, la razón no puede dejar de hacer crítica sobre sí misma, gusten o no las consecuencias filosóficas de ese programa. Así que el empeño del autor por arremeter contra el posmodernismo filosófico, que adquiere tonalidades caricaturescas cuando convierte a Nietzsche en origen de todos los males («*Drop the Nietzsche*», exhorta), conduce a una simplificación que no podrá dejar de advertir ningún lector mínimamente avezado de filosofía o teoría política.

En realidad, se trata de argumentos conciliables. Pinker acierta en lo esencial cuando describe los principios de la Ilustración: el uso de la razón y de la empatía, el desarrollo sistemático de una ciencia que incluye las ciencias humanas, la creencia en el universalismo y en la posibilidad del progreso, el análisis racional de la prosperidad, el rechazo del tribalismo y el pensamiento mágico. Estos principios suministran la estructura básica de la modernidad. Pero no porque la razón hubiera estado del todo ausente durante los dos milenios previos, sino porque la Ilustración propulsa ?o viene acompañada de? una auténtica revolución *política* en la que Pinker apenas hace hincapié. Las distintas revoluciones de la época moderna, henchidas de inevitables contradicciones, consagran el principio de igualdad y el gobierno representativo, abriendo la puerta a la dificultosa cohabitación de los principios liberal y democrático en el marco de unas sociedades de complejidad creciente, en buena parte debido al impulso generado por el desarrollo tecnológico y el crecimiento económico. Es en el interior de esa estructura donde estallan las tensiones de la Ilustración: el racionalismo produce romanticismo, el mercado libre genera externalidades, el universalismo sofoca los particularismos. Y, como ha advertido Alison Gopnik, se echa de menos en el libro un juicio más ponderado sobre los apegos humanos de orden comunitario ?familiares, locales, tribales? que tan destacado papel desempeñan en nuestras vidas: hablar de un «florecimiento humano» que privilegia los valores cosmopolitas resulta algo tramposo. Finalmente, el intento por «actualizar» los valores ilustrados en el marco de la Tercera Cultura, que Pinker pone en relación con los conceptos de entropía, información y evolución, produce unos resultados desiguales. Resultan interesantes sus consideraciones sobre el papel clave que desempeñan las capacidades humanas de almacenar energía y producir información como medios para reducir la entropía, pero el conjunto se ve lastrado por el excesivo peso que otorga a la psicología evolucionista en detrimento de formas más sofisticadas de entender la evolución humana: de la epigenética a las teorías de la construcción de nicho.

En último término, Pinker ha entregado un vigoroso manifiesto cuyos méritos descansan, sobre todo, en la elocuencia de su aparato estadístico y en el desacomplejado entusiasmo con que se defiende la superioridad de la sociedad moderna frente a sus enemigos. Se trata de una obra de combate, más oportuna que oportunista ahora que el combate contra las fuerzas regresivas del populismo y el nacionalismo conoce un nuevo e inesperado episodio. Su optimismo es menos complaciente que condicional, si aceptamos la distinción de Paul Romer: el progreso depende de que se mantengan las condiciones que lo hacen posible, mientras que complaciente es creer que las cosas irán bien hagamos lo que hagamos. Por eso nada desea Pinker con mayor fervor que hacer justicia al progreso, reconociendo su existencia y su alcance: para evitar ponerlo en peligro de ahora en adelante. Este libro, pese a sus defectos, puede contribuir a ello.

Manuel Arias Maldonado es profesor titular de Ciencia Política de la Universidad de Málaga. Es autor de *Sueño y mentira del ecologismo* (Madrid, Siglo XXI, 2008), *Wikipedia: un estudio comparado* (Madrid, Documentos del Colegio Libre de Eméritos, núm. 5, 2010), *Real Green. Sustainability after the End of Nature* (Londres, Ashgate, 2012), *Environment & Society. Socionatural Relations in the Anthropocene* (Dordrecht, Springer, 2015), *La democracia sentimental. Política y emociones en el siglo XXI* (Barcelona, Página Indómita, 2016) y *Antropoceno. La política en la era humana* (Barcelona, Taurus, 2018).

Autor: Steven Pinker

Edicion: Barcelona, Paidós, 2018

Paginas: 744 pp. 32 €

Precio: COMPRAR ESTE LIBRO

Titulo: En defensa de la Ilustración. Por la razón, la ciencia, el humanismo y el progreso